

INTERÉS HISPÁNICO DEL MOVIMIENTO PIZARRISTA

1544-1548. En este quinquenio, en que nace Cervantes, gana Carlos V la batalla de Mühlberg sobre los protestantes: dudosa victoria, pues el Emperador, condenado a luchar diplomáticamente en dos frentes, con el Papa y los príncipes alemanes, tiene que firmar el *Interim* de Augsburgo, pactar con la división confesional de Alemania. Estos años no son menos decisivos para el porvenir del imperio hispánico de América. Ha llegado el momento de saber si los colonos, tan acostumbrados a *obedecer y no cumplir*, aceptarán las flamantes leyes de 1542-43, promulgadas para proteger a los indios contra abusos destructores. Fr. Bartolomé de las Casas, nombrado obispo de Chiapas, juega su autoridad de prelado sobre la aplicación de estas leyes inspiradas por él; juega y pierde, pues lo echan sus ovejas de su obispado. Puede decirse que de esta crisis que sacude todo el imperio resulta la consolidación del sistema colonial y su vinculación al estado, al mismo tiempo que sufre la población india en el Perú un irremediable desgaste. No se debe sólo a la guerra que en la zona costera acabó con la mitad o las tres quintas partes de los indígenas, según evaluación del poblador Rodrigo Lozano; se inicia un nuevo proceso, aún anárquico, de destrucción por el trabajo forzado en las minas. Porque con el principio de esta sublevación coincide el más famoso *boom* minero de la época colonial, el de la explotación del Potosí. Se revela cada vez más prodigioso el tesoro metálico del Perú que pronto, en la ideología de la Contrarreforma, será interpretado como cebo providencial ofrecido a los conquistadores para abrir paso a los evangelizadores, y como tesoro de guerra contra herejes e infieles. Mientras la pureza de intenciones del presidente Gasca opone una frágil pero terca defensa al proceso de deportación a minas lejanas —lo que iba a ser la famosa *mita*— mientras frena las destructoras entradas o expediciones de conquista, empiezan a asentar su jerarquía los conquistadores que por fin sientan cabeza. La verdadera protección de los indios consiste ya en la conciencia creciente que tiene el poblador de necesitarlos; van cargando menos a los indios porque con la riqueza metálica costean la importación de ganado mular, fenómeno concomitante de la expansión minera, aquí como en la Nueva España. Pero hay que recalcarlo, si no ganan esta guerra las leyes sino parcialmente —el

propio Gonzalo Pizarro recuerda a sus fieles la necesidad de salvar a los indios que quedan—, gana el sistema de legitimación del privilegio colonial por la corona. Están hartos, por fin, los conquistadores de las guerras civiles en que se exterminan mutuamente para participar en el reparto de indios organizado por el caudillo vencedor. Se conforman con que sus privilegios, encomiendas o descubrimientos sean mercedes regias. La victoria del hábil y respetable Gasca consiste en imponer la convicción de que los términos de *leal* y *traidor* sólo tienen validez respecto del rey, y no respecto de un caudillo que se apodera del palo y el mando. Es notable en su reconquista la voluntad de apelar a la minoría selecta de indiscutidos caballeros y hombres honrados que había entre los pobladores. Notable también su manera de apoyarse en el tabú que protege al religioso, echando mano de los frailes como mensajeros del perdón real. Pues si hubo entre los pizarristas frailes arcabuceros (eran de la Merced) y si odiaban a los frailes misioneros (especialmente dominicos) tratándolos en ocasiones con las sevicias reservadas por ellos a los traidores y sospechosos, no llegaron a matar sino a un fraile y a un sacerdote ahorcándolos como combatientes despojados de carácter sacerdotal. Puede decirse que ganan los valores peninsulares de ortodoxia social, política y religiosa. No llega a cuajar una nueva legitimidad peruana en torno al conquistador de la tierra, por el mero hecho de serlo. La crisis pizarrista y su desenlace son la prueba de fuerza, no sólo física, de la que nace el imperio español como tal. Proceso paralelo al estudiado recientemente por Parry a propósito de las ciudades de los conquistadores. Se borran al fin los rasgos comuneros que ostentaba aquella sociedad al principio de la crisis. Es irresistible el proceso que da a la corona una acción cada vez mayor en los municipios. Crisis trascendental para entender la edad de oro española.

Sobre estos acontecimientos disponemos de una literatura narrativa excepcionalmente rica y atractiva, en parte contemporánea, en parte elaborada en el último tercio del siglo XVI y principios del XVII. Lo cual nos permite apreciar cómo fue vivida la revolución pizarrista, pero también cómo fue asumida por la generación de los hispanoamericanos que sólo la alcanzaron de niños o mozos. En plena lucha, y en el propio Perú, empieza su *Relación* Rodrigo Lozano, poblador de San Miguel, luego de Truxillo, donde tiene encomienda, rematando su labor historiográfica a raíz de la pacificación. Este relato, aunque inédito hasta el siglo XIX, ha circulado en su mayor parte desde el siglo XVI, pues Agustín de Zárate, testigo y actor del primer año de la lucha, regresado a España a fines de 1545, fue el principal destinatario y usufructuario del trabajo de Lozano, al cual

copió servilmente en su *Historia del Perú* (1554), a veces con curiosas libertades, pues sintiéndose solidario, casi co-acusado de Cepeda, suprime cuando le conviene el nombre del famoso oidor para velar su responsabilidad. Ya Gómara había disfrutado y utilizado otra copia de la *Relación* de Lozano para su gran *Historia general de las Indias* de 1552, en la cual narra en detalle y con mucha vida la crisis pizarrista cuando era aun actualidad candente. Se aprovechó Gómara de otros relatos o informes de testigos o actores, algunos de los cuales se conservan, como el de Lozano, manuscritos y anónimos. El más importante sólo llegó a nuestras manos en un copioso extracto hecho por el cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo. Se trata del informe de don Alonso de Montemayor, compañero del infortunado virrey desde el inicio de la rebelión pizarrista hasta la batalla de Quito, después de la cual se escapó de las manos de los despiadados vencedores y buscó refugio en México en la corte del virrey don Antonio de Mendoza. Otro informe de refugiado en la Nueva España es el de Francisco Bernaldo de Quirós, poblador de San Miguel, cruelmente perseguido por Carvajal por haberse mostrado leal al virrey. Pero las dos historias fundamentales de la sublevación pizarrista y de su vencimiento las debemos a un protagonista y a un espectador, ambos de excepcional responsabilidad y conciencia histórica. El espectador es Pedro Cieza de León, ejemplar figura de soldado conquistador y poblador convertido en historiador incansable de las cosas peruanas, pues quiso abarcar no sólo la geografía del país de los incas, su historia prehispánica y su conquista por los españoles, sino la desoladora historia de sus guerras civiles. Aunque vivió la primera fase del pizarristo en la actual Colombia y sólo se unió a la hueste del presidente Gasca en 1547, dejó de estos acontecimientos un relato detalladísimo y bastante elaborado, fundado sobre la interrogación de testigos de vista, y la rebusca de documentos auténticos. Su libro, titulado *Guerra de Quito*, quedó inédito hasta fines del siglo pasado, pero había sido aprovechado, como todas las obras de Cieza de León, por el cronista Antonio de Herrera en sus *Décadas*, a principios del siglo XVII. Se interrumpe el libro de Cieza en el verano de 1546, en la época de la llegada del presidente Gasca a Panamá. Pero felizmente, para toda la fase siguiente de la lucha y el epílogo de la pacificación, contamos con las puntualísimas cartas mandadas por el presidente Gasca al Rey y al Consejo de Indias. En ellas consignaba las sucesivas situaciones en que cumplía su misión, las informaciones que le llegaban, las determinaciones que tomaba. De modo que, entre Cieza de León y Gasca, tenemos una crónica valiosa y fidedigna como pocas de la crisis pizarrista y de su desenlace.

Gasca, varón notable por su método, reflexión y rectitud, prestó a la historia otro gran servicio conservando su archivo personal, del que hablaremos después. De vuelta a España, obispo de Palencia, atento a lo que pasaba en América, pero contando con sus propios papeles y borradores de cartas sin necesidad de acudir al archivo oficial del Consejo de Indias, redactó antes de morir una historia, con poco más trabajo que el de coser y ajustar los informes con que había acompañado los sucesos del Perú. Esta historia completa, más detallada en lo referente a la fase vivida por él, fue en gran parte copiada por su biógrafo Cristóbal Calvete de Estrella, cuya *Rebelión del Perú y Vida del Presidente Gasca* sólo salió a la luz en 1890. Pero fue, entre 1567 y 1571, la fuente principal de la *Historia del Perú* de Diego Fernández el Palentino, el cual también aprovechó o publicó otros documentos del archivo de Gasca. Así empezó en la historiografía del movimiento pizarrista, unos veinte años después de los sucesos, una nueva etapa caracterizada por un suplemento de información sacado directa o indirectamente de la documentación original reunida por Gasca, pero también por un florecimiento de historietas, folklóricas o de invención personal del Palentino, que dan nuevo sabor, casi novelesco, a aspectos ya conocidos de los actores, a las crueldades y ocurrencias de Carvajal, a las luchas fratricidas de los expedicionarios de la entrada de Rojas, a la liquidación de éstos por el Demonio de los Andes.

El Palentino había de ser alimento incitante, en combinación con las historias anteriormente compiladas por Zárate y Gómara, para los historiadores que a fines del siglo intentaron reanimar la historia del movimiento pizarrista presentándola como una experiencia de juventud, auténtica o supuesta. Se da la curiosa coincidencia de que corresponde esta fase tardía a dos mestizos que pretenden revivir el pizarrismo como un pasado suyo, cada uno desde su propia lejanía temporal y geográfica: el mestizo peruano Garcilaso de la Vega desde Andalucía, adonde se trasladó muy joven, el mestizo mexicano Gutiérrez de Santa Clara desde la Nueva España, donde pasó casi toda, si no toda, su vida.

La actitud y el método del Inca Garcilaso carece de misterio en su *Segunda Parte de la Historia del Perú*. Nacido en el Cuzco en 1539, tenía cinco años cuando estalla el movimiento pizarrista, ocho cuando Centeno se apodera del Cuzco por sorpresa, nueve cuando por última vez Gonzalo Pizarro y Carvajal vuelven al Cuzco, son vencidos en Xaquixaguana, y son ajusticiados con otros irreductibles. Su padre el capitán Garcilaso de la Vega, después de las vacilaciones de los primeros meses, había seguido a Pizarro, hasta el penúltimo cuarto de hora de Xaquixaguana. En el espi-

noso trance de la depuración, le achacaron el haber salvado la vida a Gonzalo Pizarro en Huarina, dando su caballo al caudillo caído en tierra. Esto había de pesar sobre las ulteriores pretensiones del hijo mestizo, empeñado en cobrar el premio de los servicios del padre conquistador. Garcilaso no invoca su experiencia personal de niño sino en episodios cuzqueños. Por lo demás cita honradamente sus fuentes impresas, Gómara, Zárate, el Palentino; se contenta con glosarlos y discutirlos de vez en cuando, con su ironía de gracia inconfundible. Apologista de los conquistadores —y del propio Carvajal a quien, de niño, había visto cabalgar en su mula bermeja— salva siempre lo que debe a la lealtad monárquica un caballero.

Mucho más extraña y turbia es la vocación de historiador del pizarri-mo en el caso del anciano Pedro Gutiérrez de Santa Clara, hijo de Bernardino de Santa Clara y de una india anónima que seguramente no fue ninguna princesa azteca. En una parte mexicana de su extensa obra, Pedro nombra a su padre sin decir que lo era; compadece la injusticia con que fueron desheredados los hijos de aquel Bernardino de Santa Clara, a quien trata de conquistador, cuando era más bien hombre de negocios. El mestizo de México, a diferencia del peruano, no alardea de caballero hijo de conquistador ni se atribuye hazañas bélicas. Pero insinúa que anduvo muy joven en esta guerra que narra cincuenta años después, que fue primero soldado del capitán Pablo de Meneses y después secretario de Lorenzo de Aldana cuando éste era teniente del caudillo rebelde en Lima. Deja suponer que acompañaba el ejército de Carvajal cuando éste entró en La Plata en 1546. Pero no dice ni cómo vino al Perú ni cómo salió de él. No dice claramente de qué acontecimientos fue testigo, aunque hizo creer a la posteridad que asistió a la mayor parte, sólo con derrochar imparcialmente color, movimiento, ambiente, nombres de comparsas y nombres de lugar sobre todos los episodios narrados por los primeros historiadores, con una técnica literaria que hace de él un precursor de Pérez Galdós (me refiero al Galdós de los *Episodios nacionales*). Se muestra también novelador de la historia en su procedimiento de total ocultación de sus fuentes; pues son claramente identificables varias de las suyas, que muchas veces parafrasea o adultera descaradamente, y las pocas "autoridades" a que alude son hijas de su mixtificante fantasía. Por otra parte es evidente que utilizó, además de todas las historias impresas (menos la de Garcilaso, que aún no existía cuando terminó la suya), varias fuentes inéditas, entre ellas, casi seguramente, la relación de don Alonso de Montemayor, lo cual podrá explicarse de diversas maneras habiéndose refugiado este caballero en México, y, según parece, casado en la Nueva España. Aunque hay en la historia

de Gutiérrez de Santa Clara algunos destellos de severidad por la manera inhumana de tratar a los indios, no se puede decir que el mestizo mexicano adopta un enfoque indigenista frente al movimiento, siendo más bien la tónica de su relato la execración de las guerras civiles. Desde luego dista mucho de ser aclarado el misterio de su vocación tardía de historiador. Creo que es una ingenuidad ya superada el creer que se debe a un milagro de la memoria visual su amplio fresco de la guerra pizarrista. He escrito un artículo sobre Gutiérrez de Santa Clara, escritor mexicano, (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV, 1961, núms. 3-4), insistiendo en el sello curiosamente mexicano de algunas invenciones suyas. Ojalá se apoderen de él sus paisanos y nos expliquen mejor su relación con el Perú de Gonzalo Pizarro.

Ya que aludí a un posible enfoque indigenista de la guerra entablada contra las leyes protectoras del indígena, no quiero pasar por alto al cronista indio Guaman Poma de Ayala y los capítulos que dedica a estos acontecimientos. Ya se ha hecho famoso este monumento de la cultura hispano-indígena sesenta años después de la conquista de Cajamarca y del Cuzco, con sus acusadores dibujos a pluma. Nos brinda así algunos cuadros dignos de las más ingenuas "aleluyas": por ejemplo, el del asesinato del factor Illán Xuárez de Carvajal por los pajes del virrey, presenciando la escena Blasco Núñez en su silla de respaldo, o el de Carvajal solemnemente recibido en Lima por Pizarro en la primavera de 1547. Guaman Poma había leído a Zárate, aunque no lo nombra, pues su estilo historiográfico se caracteriza, como el de Santa Clara, por la ocultación de las fuentes manejadas. El cronista indio que tan constantemente denuncia los abusos del régimen colonial, no insiste en el asunto de las leyes nuevas como en una ocasión perdida para la salvación de los indios. La mayor originalidad de sus confusas páginas sobre la guerra pizarrista consiste en reivindicar —como en otras partes de su *Crónica*— la presencia entre las fuerzas leales de su padre, a quien llama campanudamente "capitán general segunda persona del inga capac apo don Martín Guaman Malque de Ayala", así como en muchos lugares destaca y probablemente inventa el papel histórico del padre de su hermano mestizo don Martín, aquel don Luis de Avalos y Ayala de cuyo segundo apellido se apoderó la familia de su concubina.

En esto viene a ser la *Crónica* de Guaman Poma de Ayala, con todo su indigenismo, muestra de la fatal adulteración genealógica de las crónicas, proceso que entonces da lugar en España a tantas leyendas sobre la edad media peninsular. Como era de esperar, la propia historia de la familia

Pizarro, idealizada hasta en la figura de Gonzalo el rebelde, sufre esta falsificación, reinando Felipe IV, en los *Varones ilustres del Nuevo Mundo* de Fernando Pizarro y Orellana (Madrid, 1639); fuente, como ha demostrado Otis H. Green (*Hispanic Review*, julio de 1936), de Tirso de Molina en su trilogía dramática de las *Hazañas de los Pizarros*.

Ya se ve, por esta rápida ojeada, qué varia carrera recorre en un siglo la historia del movimiento pizarrista, desde los informes de oficio o de actualidad y las historias documentadas, hasta formas más novelescas o legendarias de historiografía. Y no hay que abandonar la esperanza de descubrir relaciones perdidas que enriquezcan esta literatura, v. g., el original de don Alonso de Montemayor, o el informe de Diego Álvarez Cueto, cuñado del virrey depuesto, sobre los comienzos de la rebelión, pues hace tres años me salió al paso, casi sin buscarlo, un informe sobre la aventura marítima de Bachicao escrito en Panamá cuando el istmo acababa de librarse de las atrocidades del pirata. Pero no para aquí la abundancia privilegiada de la cantera que el movimiento pizarrista guarda a los investigadores de lo hispánico en el siglo XVI. Para aquilatar la exactitud y caracterizar el enfoque de tanta relación del dramático quinquenio, para tomar el pulso a los actores, disponemos de una abundante documentación archivística, que en gran parte sigue inédita e inaprovechada. De las informaciones y probanzas amontonadas en 1546 por los pizarristas contra el difunto virrey para justificar la rebelión y apoyar la pretensión del caudillo de ser confirmado como gobernador del Perú, sólo se ha publicado una parte en la *Colección de Documentos* del Archivo de Indias y en los *Gobernantes del Perú* de Levillier. Si están impresas las listas de pizarristas sentenciados en 1548 en el tomo XX de la mencionada *Colección*, todavía siguen inéditos en la sección de *Justicia* del Archivo de Indias los procesos formados después de 1548 al oidor Cepeda, el principal de los reos que salvaron la vida rindiéndose a última hora, y al contador Agustín de Zárate —el historiador— implicado en la capitulación de los magistrados y oficiales reales ante la presión armada de los sublevados. Pero sobre todo se ha salvado de la destrucción, junto con el archivo del presidente Gasca, el de su adversario, pues al marcharse de Lima definitivamente Gonzalo Pizarro en julio de 1547, cayeron sus papeles a manos de los leales. Gasca conservó, a vueltas de los valiosos borradores de sus informes, y de cartas recibidas por él, los informes y cartas recibidas por Gonzalo Pizarro de sus capitanes, tenientes y mayordomos. Lo mejor de esta documentación, tan reveladora del temple de señalados conquistadores, ha sido adquirido por la Henry Huntington Library de San Marino, California. Antes de salir de

España estos documentos esenciales, algunos de la misma procedencia, entre ellos los informes de Gasca, habían sido publicados en la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*. Parte del archivo que fue del presidente Gasca sigue en la Biblioteca de Palacio, de Madrid. Entre los papeles de San Marino es donde pueden leerse inéditas docenas de cartas que reflejan fielmente el genio y figura de hombres como el cruel, sarcástico y codicioso capitán Francisco Carvajal, el pirata Bachicao, jactancioso y cobarde, el fino Diego de Silva, hijo del novelista Feliciano, armero mayor de los pizarristas, que en la selva de Jauja forjaba con sus plateros indios, a proximidad del cobre y del carbón, petos y celadas para los combatientes de la causa: unos petos sin espaldares porque, según escribía Silva al caudillo, “los servidores de Vuestra Señoría no hemos de huir jamás”. También tenemos del capitán Pedro de Soria, mayordomo de las haciendas y empresas mineras de los Pizarros en los Charcas, cartas interesantísimas para historia económica y social del incipiente Potosí. Debido a la trascendencia del movimiento pizarrista para el imperio español de América, a la amplitud de la depuración consiguiente, al afianzamiento de la administración colonial y del sistema de mercedes regias, dejaron tras sí aquellos acontecimientos un importante acervo documental que no sólo ayuda a resolver problemas de estructura que nos planteamos los modernos, sino a entender la problemática propia de los pizarristas y de los que les vencieron. Es materia que merecería hacerse clásica en los seminarios de historia de América, pues ofrece un terreno excelente para iniciar a los futuros historiadores en la crítica de la literatura historiográfica, formación a veces deficiente en eruditos que manejan las fuentes sin acordarse bastante de que esta literatura es *literatura*.

Para esta investigación se necesita una red internacional de laboratorios o talleres. Una constelación de ellos podría ser la dedicada a conocer a fondo el movimiento pizarrista, sus antecedentes, sus ramificaciones y repercusiones a través de la Hispania de ambos mundos. Desde luego la labor ha sido acometida ya desde un punto de vista peruano. Habrá dejado el llorado Raúl Porras Barrenechea mucho material para proseguir la tarea de ordenación de cronistas, de busca de relaciones perdidas, de compilación de documentos dispersos o inéditos que formen la continuación del monumental tomo de *Cartas del Perú* que alcanza hasta 1543. Discípulos de Porras, como Miguel Maticorena, trabajan mucho y bien en el Archivo de Indias. El benemérito Rafael Loredó formó en Lima su gran archivo personal dedicado especialmente al movimiento pizarrista, y del que ha publicado sólo unos botones de muestra. Es evidente que la in-

vestigación habría de abarcar hasta el vencimiento de la rebeldía de Hernández Girón, hasta el fracasado intento de D. Antonio de Ribera para conseguir la encomienda perpetua, pues este epílogo tiene en parte los mismos actores que el drama principal. Y valdría la pena estudiar no sólo la actuación política sino también los negocios de los tales actores. Para lo cual ayudaría la Colección Harkness de documentos procedentes de archivos de protocolos conservados y ejemplarmente catalogados por la Biblioteca del Congreso de Washington. Mi cátedra de París puede contribuir a la empresa común con el fichero de personajes de aquellos acontecimientos, instrumento pacientemente perfeccionado durante cuatro años por mi colaborador Robert Klein con referencias a las páginas de toda la historiografía y documentación asequibles sobre aquel quinquenio peruano, fichero sin el cual era imposible desenredar la maraña literaria de Gutiérrez de Santa Clara. El teatro panameño de la guerra pizarrista fue de tal importancia, es tal la vinculación originaria entre Nicaragua y el Perú, que también de América Central se requiere interés por el asunto. Y en cuanto la monumental y valiosísima serie de *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, de Juan Friede, alcance los años 1543-1550, se verá qué luz nueva derrama sobre hombres y hechos de nuestra historia todo lo referente a la gobernación de Belalcázar. Ya la ilustran en puntos esenciales las publicaciones chilenas del gran José Toribio Medina, y el *Epistolario de la Nueva España*, de Paso y Troncoso. Sólo investigaciones nuevas llevadas a cabo por mexicanos podrán ilustrar las concomitancias novohispanas de la lucha desencadenada por Gonzalo Pizarro, la situación de los refugiados del Perú en México, señaladamente la odisea de D. Alonso de Montemayor, y todo lo que se refiere a la misteriosa figura del mestizo Gutiérrez de Santa Clara.

Si los congresos han de servir para otra cosa que darse a conocer cada uno de los participantes y conocernos mutuamente (lo cual no es poco), ojalá sirva este toque de atención desde Oxford para que se amplíe la red de laboratorios a que aludía. Ojalá se organice otra, que sería en parte la misma, en torno a Fr. Bartolomé de las Casas y al problema del cumplimiento o incumplimiento de las Leyes Nuevas, pues vamos a llegar en 1966 al cuarto centenario de la muerte de Fr. Bartolomé, y no hay tema de mayor trascendencia para comprender cómo empezó a cuajar a mediados del siglo XVI la gran Hispania americana. Es gloria y tal vez vanidad de los historiadores modernos el plantearse problemas sin solución posible acerca de edades remotas; quiero decir que sería interesantísimo resolver estos problemas si hubiera base documental idónea, pero desgraciadamente es tan escasa o inexistente como la que tenía Florián de Ocam-

po para imaginar la protohistoria de España. Totalmente distinto es el caso de los orígenes de las naciones hispanoamericanas. Y entre las zonas privilegiadas por la abundancia documental que permite derramar mucha luz sobre estos orígenes merece especial atención el Perú de la rebelión pizarrista contra las leyes nuevas. Más fácil que deslindar la historia y leyenda del Cid es estudiar la figura histórica y el mito de Carvajal, el demonio de los Andes. Se suele encarecer, con razón, la transformación del conquistador en poblador, en fundador, o la sustitución del conquistador por un tipo humano de nuevo cuño. Valdría la pena matizar este fenómeno en relación con la vida económica y social de los virreinos, profundizando en el papel y en el comportamiento de individualidades señeras, distinguiendo entre conquistadores, procurando localizarlos en la estratificación social del terruño español de donde salieron para buscar fortuna. Para lo cual también ayudarán los archivos de protocolos de España. Sólo con una investigación multiforme, histórica y filológica a la vez, llevada a cabo en muchos sectores del ancho mundo hispánico, podremos explotar debidamente la riqueza de conocimientos que nos ofrece el movimiento pizarrista. Sólo así superaremos la abstracción de "el conquistador" en singular, objeto de leyenda negra o de leyenda dorada, y podremos aportar una contribución valiosa al estudio de los españoles en la historia, de lo hispánico en su más amplia acepción.

MARCEL BATAILLON

Colegio de Francia.